

**LIBRO** *dot*.com

---

**Jack London**

**GENTE DEL**

**ABISMO**

*Editado por* **LIBRO** *dot*.com

---

## PREFACIO

Lo que relato en este volumen me sucedió en el verano de 1902. Descendí al submundo londinense con una actitud mental semejante a la de un explorador. Estaba predispuesto a dejarme convencer por mis propios ojos más que por las enseñanzas de aquellos que nada habían visto, o por las palabras de los que fueron y vieron antes que yo. Es más, adopté un criterio sencillo para medir la vida de aquel submundo. Aquello que estuviera por la vida, por la salud física y espiritual, era bueno; lo que estuviese en contra, hiriera, disminuyera o pervirtiera la vida, era malo.

El lector comprenderá enseguida que mucho de lo que vi era malo. Sin embargo, no debe olvidarse que la época sobre la que escribo era considerada en Inglaterra como de «buenos tiempos». El hambre y la falta de techo que encontré constituían una situación de miseria crónica que no se superaba ni siquiera en los períodos de mayor prosperidad.

Un duro invierno siguió a aquel verano. Los parados, en gran número, organizaban manifestaciones, a veces hasta doce al mismo tiempo, y marchaban por las calles de Londres pidiendo pan. Mr. Justin McCarthy, en su artículo en *The Independent* de Nueva York, en enero de 1903, resume la situación así:

«Los albergues ya no disponen de espacio donde amontonar a las multitudes hambrientas que durante el día y la noche llaman a sus puertas pidiendo alimento y cobijo. Todas las instituciones caritativas han agotado su capacidad de conseguir alimentos para los hambrientos que llegan desde los sótanos y buhardillas, de las callejuelas y callejones de Londres. Los locales del Ejército de Salvación en varios lugares de Londres se ven asediados todas las noches por hordas de parados hambrientos a los que no se puede proporcionar sustento ni albergue.»

Se ha insistido en que mi crítica de cómo son las cosas en Inglaterra es demasiado pesimista. Debo decir, de nuevo, que soy el más optimista de los optimistas. Pero contemplo a los hombres más como individuos que como agregados políticos. La sociedad crece, mientras que las maquinarias políticas se caen a trozos y se convierten en cascotes. Por lo que se refiere a los hombres y a las mujeres, a su salud y felicidad, veo para los ingleses un futuro ancho y sonriente. Pero para gran parte de la maquinaria política, que tan mal funciona, no veo más que un montón de cascotes.

JACK LONDON  
*Piedmont, California*

CAPÍTULO I  
EL DESCENSO

*Cristo nos está mirando en esta ciudad,  
y mantiene nuestra compasión y piedad vivas,  
mientras miramos al cielo,  
para que no crezca nuestro descontento.*

THOMAS ASHE

—Pero no puedes hacerlo, sabes —me decían los amigos a quienes había pedido ayuda para sumergirme en el East End de Londres.

—Sería mejor que pidieras consejo a la policía —añadían, después de pensarlo y de esforzarse en adaptarse al proceso psicológico de un loco que había llegado hasta ellos con mejores credenciales que cerebro.

—Pero yo no quiero ir a la policía —protesté—. Lo que deseo es descender al East End y ver las cosas por mí mismo. Pretendo averiguar cómo viven esas gentes, por qué viven allí, y para qué viven. En resumen, voy a vivir allí.

—¡Tú no quieres vivir allí! —decían todos con gestos desaprobatorios—. ¡Dicen que hay lugares donde la vida de un hombre no vale ni dos peniques!

—Esos son exactamente los lugares que quiero ver —insistí.

—Pero no puedes —era la consabida respuesta.

—No he venido a veros para eso —dije secamente, un poco irritado por su incompreensión—. Soy forastero y quiero que me contéis lo que sepáis del East End para saber por dónde empezar.

—No sabemos nada del East End. Simplemente está por ahí, en alguna parte —y hacían un gesto vago con la mano en dirección hacia donde en raras ocasiones se veía ascender el sol.

—Entonces, iré a Cook's —anuncié.

—Oh, sí —contestaron aliviados—. Seguro que Cook's lo sabe.

Pero Cook, Thomas Cook & Son, conocedores de todos los caminos y sendas, establecidos en todas las encrucijadas del mundo y capaces de proporcionar ayuda a los viajeros extraviados, podían, sin vacilar y rápidamente, enviarme al África más negra o al remoto Tibet, ¡pero no tenían ni idea de cómo ir al East End londinense, que estaba a poco más de un tiro de piedra de Ludgate Circus!

—No puede hacerlo —dijo el emperador de rutas y tarifas de Cook's en su oficina de Cheapside—. Es... ejem... tan inusual. Hable con la policía —concluyó autoritariamente ante mi insistencia—. No tenemos por costumbre llevar viajeros al East End; nadie nos pide ir allí, y no sabemos nada en absoluto de ese lugar.

—No se preocupe por eso —le interrumpí para evitar que su río de negativas me echase de la oficina—. Hay algo que pueden hacer por mí. Quiero que comprenda de antemano lo que intento hacer para que si hay algún problema pueda usted identificarme.

—Ah, ya veo. Si lo asesinaran estaríamos en situación de poder identificar su cadáver.

Lo dijo con tanto cariño y sangre fría que al instante contemplé mi cadáver, tieso y mutilado, yaciendo en una losa sobre la que goteaba sin cesar el agua fría, y a él, entristecido y paciente, identificando el cuerpo de aquel americano loco que *quiso* ver el East End.

—No, no —contesté—. Simplemente para identificarme por si tengo algún roce con los *bobbies* —dije esto último lleno de satisfacción; me estaba habituando al habla local.

—Este es un tema que le corresponde a la Oficina Principal —dijo—. ¿Sabe?, no hay precedentes —agregó a modo de disculpa.

El hombre de la Oficina principal carraspeó y masculló.

—Tenemos por norma —explicó— no dar información sobre nuestros clientes.

—Pero en este caso —insistí— es el cliente el que les pide que den esa información.

Carraspeó de nuevo y masculló.

—Claro —me apresuré a decir—, sé que no hay precedentes, sin embargo...

—Como estaba a punto de indicarle —continuó imperturbable—, no existen precedentes, de modo que no podemos hacer nada por ayudarle.

De todas formas conseguí la dirección de un detective que vivía en el East End, y me dirigí al despacho del cónsul norteamericano. Allí encontré a un hombre con el que podía «hacer negocios». No hubo carraspeos ni masculló nada, ni alzó las cejas, ni mostró desconcierto o asombro. En un minuto le expliqué mi propósito y mi proyecto, que él aceptó con naturalidad. En el minuto siguiente me preguntó mi edad, estatura y peso. Y a los tres minutos, mientras nos despedíamos, dijo:

—Está bien, Jack. Me acordaré de ti y te seguiré la pista. Respiré con alivio. Después de quemar mi nave ya era libre para sumergirme en aquella selva humana de la que nadie parecía saber nada en absoluto. Pero en seguida topé con una nueva dificultad en la persona de mi cochero, un individuo imperturbable de patillas grises que me había conducido a través de la City durante horas.

—Lléveme al East End —le ordené mientras me sentaba.

—¿Dónde, señor? —preguntó sorprendido.

—Al East End, a cualquier sitio. Vamos.

El vehículo circuló sin rumbo durante varios minutos, luego se detuvo bruscamente. La abertura que estaba sobre mi cabeza no había sido cerrada, y el cochero, perplejo, me miró por ella.

—Eh —me dijo—, ¿a qué lugar quiere ir?

—Al East End —repetí—. A ningún sitio en particular. Sólo lléveme allí, a cualquier parte.

—¿Pero a cuál dirección, señor?

—¡Escúcheme de una vez! —troné—. ¡Lléveme al East End ahora mismo!

Era evidente que no entendía nada, pero escondió la cabeza y refunfuñando hizo trotar al caballo.

En ningún lugar de Londres se puede evitar ver la pobreza más abyecta, y a tan sólo cinco minutos de cualquier punto es fácil encontrar un suburbio marginal; pero la zona donde ahora penetraba mi coche era un barrio en el que la miseria parecía inacabable. Las calles estaban pobladas por una raza diferente, nueva para mí, de baja estatura y aspecto vil y alcoholizado. Durante varias millas no vimos otra cosa que ladrillos y mugre, y en cada cruce no había otro panorama que ladrillos y miseria. Aquí y allá se tambaleaba un hombre o una mujer en plena borrachera, y el aire resultaba obsceno por el sonido de peleas y disputas. En el mercado, viejos y viejas temblorosos revolvían los desperdicios arrojados al fango buscando patatas,

alubias y verduras podridas, mientras los chiquillos se apiñaban como moscas alrededor de una masa de fruta corrompida, hundiendo sus brazos en una pasta pútrida para extraer pedazos que devoraban al instante.

En todo el trayecto no vi un solo vehículo, y el mío parecía una aparición llegada de un mundo distinto y mejor, a juzgar por la manera en que los chiquillos corrían detrás y a ambos lados. Por todas partes veía paredes de ladrillo, pavimentos viscosos y calles repletas de gritos; por primera vez en mi vida tuve miedo a la multitud. Era como el miedo al mar; las gentes miserables, una calle tras otra, eran como las olas de un océano, inmenso y maloliente, que me envolvía y amenazaba hundirme en él.

—Stepney, señor; la estación de Stepney —dijo el cochero.

Miré alrededor. Desde luego era una estación de ferrocarril; el cochero me había llevado hasta allí porque era el único lugar de aquella selva del que había oído hablar.

Farfulló unas palabras ininteligibles, meneó la cabeza y adoptó una expresión triste.

—Aquí soy un extraño —pudo articular—. Y si no es la estación de Stepney lo que busca, que me ahorquen si sé lo que quiere.

—Le diré lo que quiero. Siga adelante y busque una tienda donde vendan ropa vieja. Cuando la encuentre no se detenga hasta que haya doblado la siguiente esquina, entonces pare y déjeme bajar.

Me di cuenta de que no estaba muy seguro de poder cobrar el viaje, pero poco después se arrimó a la acera y me aseguró que había visto la tienda de un ropavejero un poco más atrás.

—¿Me paga? —suplicó—. Me debe siete con seis.

—Sí —reí—, pero esta es la última vez que le veo.

—Seguro que sí, señor, pero yo seré lo último que verá si no me paga —replicó.

Un grupo de mirones harapientos se había arremolinado alrededor del coche; riendo de nuevo caminé hasta la tienda del ropavejero.

Lo más difícil fue hacerle comprender al tendero que de verdad quería comprar ropas viejas. Pero después de ofrecerme inútilmente chaquetas y pantalones nuevos una y otra vez, empezó a sacar montones de ropa vieja, adoptando un aire misterioso y haciendo insinuaciones ambiguas. Se comportaba así con la intención obvia de hacerme saber que me había calado y forzarme así, por temor a ser descubierto, a pagar un alto precio por lo que comprara. Me había tomado por alguien con problemas, o por un criminal de buena familia procedente del otro lado del río; en cualquier caso, una persona ansiosa por evitar a la policía.

Discutí con él sobre la desmedida diferencia entre precio y calidad hasta que conseguí que desistiera de su propósito, tras enzarzarse en un duro regateo con un duro comprador. Al final elegí unos pantalones resistentes y muy usados, una chaqueta desgastada a la que sólo le quedaba un botón, un par de botas que sin duda procedían de una carbonera, un estrecho cinturón de cuero y una gorra muy sucia.

Conservé mi ropa interior y los calcetines, que eran nuevos y de abrigo, pero de una clase que cualquier granuja norteamericano que pasara por un mal momento podía adquirir le fueran como le fueran las cosas en ese momento.

—Admito que la sabe muy larga —me dijo con falsa admiración, mientras le entregaba los diez chelines en que finalmente quedamos—. Que me ahorquen si no se ha paseado usted por Petticoat Lane antes de ahora. Cualquier tío listo pagaría cinco pavos por los calzones y un descargador me daría dos con seis por las botas, sin contar todo lo demás que se ha llevado.

—¿Qué me daría usted por todo? —pregunté de repente—. Le he pagado diez pavos, y se lo vuelvo a vender por ocho. ¿Qué le parece?

Sonrió y negó con la cabeza, y aunque yo había conseguido una ganga, tuve la convicción de que él lo había hecho mejor.

Encontré al cochero y a un policía hablando con las cabezas pegadas, pero éste, después de dirigirme una mirada escrutadora, sobre todo al paquete que llevaba bajo el brazo, dio media vuelta y lo abandonó con sus quejas. El cochero no se movió hasta que le hube pagado los siete chelines y seis peniques que le debía, pero después se mostró dispuesto a llevarme hasta el fin del mundo, pidiendo disculpas por su insistencia y explicando que en Londres uno se tropezaba con clientes muy raros.

Pero sólo me llevó hasta Highbury Vale, en el norte de Londres, donde me aguardaba mi equipaje. Al día siguiente me quité los zapatos (no sin pena, pues eran extremadamente ligeros y cómodos), mi suave traje gris que usaba para viajar, aunque, de hecho, era toda la ropa que tenía, y me vestí con la de otros hombres inimaginables, seres que debieron ser muy desgraciados si tuvieron que desprenderse de aquellos harapos a cambio de las ínfimas sumas que les habría dado el ropavejero.

Cosí en el sobaco de la camiseta un soberano de oro (una suma modesta, por si se producía una emergencia) y me la puse. Entonces me senté y reflexioné moralizando sobre los años de diversión y despilfarro que dejaron mi piel reseca y mis nervios a flor de piel; la camiseta era áspera, y ni siquiera el más asceta de los ascetas debió haber sufrido tanto como yo lo hice en las veinticuatro horas que siguieron.

Me puse sin dificultad el resto de mi vestimenta, salvo las botas, que resultaron un problema. Tuestas y duras como si fueran de madera, sólo pude meter mis pies en ellas después de haber estado un buen rato ablandándolas con mis puños. Entonces, con unos cuantos chelines, un cuchillo, un pañuelo y unos cuantos papeles y picadura de tabaco en los bolsillos, bajé las escaleras y me despedí de mis amigos. Al cruzar la puerta, la portera, una mujer de mediana edad, no pudo contener una mueca que, lejos de corresponder a un espontáneo signo de simpatía, torció y separó sus labios hasta que su garganta emitió esos groseros sonidos animales que llamamos risa.

Nada más pisar la calle me impresionó el cambio de actitud que provocaba mi nuevo vestuario. Entre la gente corriente con la que entré en contacto había desaparecido cualquier signo de mostrarse servicial. En un abrir y cerrar de ojos, por así decirlo, me había convertido en uno de ellos. Mi vieja chaqueta de codos gastados proclamaba mi clase social, que era la de ellos. Me había convertido en uno de ellos, y si hasta entonces había recibido adulación y respeto, ahora era un camarada. El hombre vestido de pana y con un sucio pañuelo al cuello ya no me trataba de "señor" o "jefe". Ahora era un "compañero", una palabra hermosa y cálida, dotada de un atractivo especial y que denotaba un afecto y simpatía que no ofrecían los otros términos. ¡Jefe! Suena a dominio, a poder, a autoridad —el tributo del hombre que está debajo del hombre que está en la cima, dicha con la esperanza de que éste se ablandará y aligerará su peso, lo que en el fondo constituye una manera distinta de apelar a su caridad.

Esto me lleva a las satisfacciones que experimenté gracias a mis harapos y que le son negadas al americano medio en el extranjero. Quien viaja por Europa procedente de Estados Unidos y no es un Creso, enseñada ve su conciencia reducida a un estado sórdido gracias a las hordas de ladrones adúladores que le siguen los pasos del alba al anochecer y que vacían su cartera de tal modo que el son rojo crece como el interés compuesto.

Con mis harapos y andrajos escapé de la pestilencia de las propinas, y me encontré con los otros hombres sobre una base de igualdad. Aún no había acabado el día, que la situación ya se había invertido, y humildemente le dije "Gracias, señor" a un caballero al que sujeté el caballo y que dejó caer un penique en mi mano ansiosa.

Descubrí que, gracias a mi nuevo atuendo, se habían producido otros cambios en mi condición. Advertí que si cruzaba calles muy transitadas tenía que estar más atento de lo normal para esquivar los vehículos, y se me quedó grabado que el valor de mi vida había disminuido en relación directa con el de mis ropas. Antes, si preguntaba una dirección a un policía, éste decía: "¿En autobús o en coche, señor?" Pero ahora contestaba: "¿A pie o a caballo?" Sin que yo hubiera dicho nada, en las estaciones de ferrocarril me daban un billete de tercera clase como lo más natural.

Pero también había sus compensaciones. Por primera vez vi cara a cara a la clase baja inglesa y supe lo que valía. Cuando trabajadores y parados hablaban conmigo, en esquinas y tabernas, lo hacían de hombre a hombre, como deben hacerlo las personas, sin intención de obtener algo de mí por lo que decían o por la forma en que lo decían.

Y cuando me instalé en el East End descubrí con satisfacción que ya no me perseguía el temor a la multitud. Me había convertido en parte de ella. El vasto y maloliente mar me había tragado, o yo me había voluntariamente sumergido en él, y me di cuenta de que no tenía nada de temible —con la única excepción de la camiseta.

## CAPÍTULO II JOHNNY UPRIGHT

*La gente vive realquilada en cuartuchos miserables, en los que no puede haber ni salud ni esperanza, lamentándose siempre de su propia suerte, lamentándose vanamente por la riqueza que ven que otros poseen.*

THOROLD ROGERS

No les daré la dirección de Johnny Upright. Baste con decir que vive en la calle más respetable del East End —una calle que sería considerada sórdida en América, pero que es un verdadero oasis en el desierto del East End. Está rodeada por todas partes de inmundicia y de calles atestadas de una juventud envilecida y sucia; pero sus aceras están relativamente libres de chiquillos, que no tienen otro lugar donde jugar, e incluso da cierta sensación de abandono, tan escasas son las personas que van y vienen.

En esta calle, como en todas las demás, cada casa está pared contra pared de las casas vecinas. Tienen una sola entrada, la puerta delantera, y cada una mide dieciocho pies de anchura, con un pequeño patio trasero rodeado de un muro de ladrillos donde, cuando no llueve, se puede contemplar un cielo de color pizarra. Pero debe quedar bien entendido que estamos hablando de lo más opulento del East End. Algunas personas de esta calle disfrutan de tan buena posición que hasta pueden tener una "esclava". Johnny Upright tiene una, lo sé muy bien, pues ella fue la primera persona que conocí en esta parte del mundo.

Cuando llegué ante la puerta de Johnny Upright, fue la "esclava" quien la abrió. Y, tomen nota, aun cuando su posición en la vida era penosa y despreciable, era ella quien me miraba con lástima y desprecio. Era evidente que deseaba que nuestra conversación fuese breve. Como era domingo Johnny Upright no estaba en casa, y no había nada más que hablar. Pero me entretuve discutiendo con ella si estaba o no, hasta que Mrs. Upright se acercó hasta la puerta y regañó a la muchacha, antes de prestarme atención, por no haberla cerrado.

No, Mr. Johnny Upright no estaba en casa, y además, no recibía a nadie en domingo. Mal asunto, comenté. ¿Estaba buscando trabajo? No, todo lo contrario; en realidad, había venido a ver a Johnny Upright por un negocio que podía ser provechoso para él.

En seguida se produjo un cambio en su rostro. El caballero en cuestión estaba en la iglesia, pero regresaría más o menos al cabo de una hora, y entonces podría verle.

¿Me invitaría a entrar? No, la señora no me invitó, aunque intenté inducirle a que lo hiciese explicando que iría hasta la esquina y esperaría en la taberna. Fui hasta la taberna, pero al ser hora de ir a la iglesia, estaba cerrada. Lloviznaba y, a falta de algo mejor, me acomodé en el escalón de la entrada de una casa vecina y aguardé.

La "esclava" se acercó al escalón, tan desaliñada como perpleja, y me anunció que la patrona me permitía regresar y esperar en la cocina.

—Viene tanto tío a por trabajo —se excusó Mrs. Upright—. Espero que no se haya molestao por como le hablé.

—En absoluto, en absoluto —repliqué del modo más solemne, invistiendo de dignidad mis harapos—. La comprendo muy bien. Supongo que la gente que viene buscando trabajo la aburre hasta la muerte.

—Desde luego —repuso con una mirada elocuente y expresiva; luego me llevó, no a la cocina, sino al comedor, favor que interpreté como recompensa a mi solemnidad. El comedor, que estaba en la misma planta que la cocina, se encontraba a unos cuatro pies por debajo del nivel del suelo y, aunque era mediodía, estaba tan oscuro que tuve que esperar a que mis ojos se acostumbraran a la penumbra. Una luz mortecina se filtraba a través de una ventana, cuyo borde superior estaba al nivel de la acera, y advertí que esta luz era suficiente para leer el periódico.

Y ahora, mientras esperaba la llegada de Johnny Upright, déjenme explicar cuál era mi propósito. Aunque viviera, comiera y durmiera con la gente del East End, mi intención era disponer de un puerto en el que refugiarme, no muy alejado, donde pudiera acudir de vez en cuando para constatar que aún existían buenas ropas y limpieza. También quería recibir en ese puerto mi correspondencia, escribir mis notas y, convenientemente vestido, escapar alguna vez hasta la civilización.

Pero esto suponía un dilema. Un alojamiento donde mis pertenencias estuvieran seguras implicaba una patrona que sospecharía de un caballero que llevaba una doble vida; mientras que una patrona que no se preocupase por la doble vida de sus huéspedes implicaría un alojamiento en el que mis pertenencias no estarían seguras. Evitar este dilema es lo que me había traído hasta Johnny Upright. Un detective con treinta años de servicio en el East End, conocido por el nombre que le había dado un convicto de los muelles, era quien mejor podía encontrarme una patrona honrada y tranquilizarla con respecto a mis extrañas idas y venidas.

Sus dos hijas le precedieron en su regreso de la iglesia; eran dos hermosas muchachas endomingadas; tenían la frágil y delicada belleza que caracteriza a las jóvenes *cockney*, una belleza que no es más que una promesa sin futuro, condenada a desvanecerse rápidamente como el color de una puesta de sol.

Me miraron con franca curiosidad, igual que si fuese un animal extraño, pero luego me ignoraron por completo durante el resto de tiempo que duró mi espera. Entonces llegó el mismísimo Johnny Upright y fui invitado a subir a su despacho

—Hable más alto —me interrumpió nada más empecé a hablar—. Estoy muy resfriado y no oigo bien.

¡Por todos los espíritus de los viejos detectives y Sherlock Holmes! Me pregunté dónde estaría oculto el ayudante que debería anotar todo cuanto yo dijese a voz en grito. Y hasta hoy, pese a lo mucho que he frecuentado a Johnny Upright, no he sido capaz de decidir si realmente estaba resfriado o si tenía a un ayudante escondido en el cuarto vecino. Pero de algo sí estoy seguro: aunque le di a Johnny Upright todos los datos acerca de mi persona y de mi proyecto, no tomó su decisión hasta el día siguiente, cuando me presenté en su calle convenientemente vestido y en coche. Entonces su recibimiento fue muy cordial y me invitó a tomar el té con su familia.

—Aquí somos gente humilde —dijo—, no dada a vanidades, y debe tomarnos tal como somos, sencillos. Las muchachas se sonrojaron llenas de embarazo al saludarme, y su padre no hacía nada que aliviara la situación.

—¡Ja, ja! —rió divertido, golpeando la mesa con la palma de la mano hasta que los platos entrechocaron—. ¡Las niñas ayer creyeron que usted había venido a pedir un pedazo de pan! ¡Ja, ja!

Lo negaron indignadas, con los ojos hoscos y las mejillas rojas de culpabilidad, como si fuese una prueba de auténtico refinamiento ser capaz de reconocer bajo sus harapos a un hombre que no tenía la necesidad de ir harapiento.

Y mientras comía pan y mermelada, comenzó un juego de despropósitos mutuos, las muchachas considerando que me habían insultado al haberme confundido con un mendigo y el padre estimando como el más alto elogio de mi habilidad el haber tenido éxito al provocar tal confusión. Disfruté esa situación, así como con el pan, la mermelada y el té, hasta que llegó el momento de que Johnny Upright se ocupara de encontrarme un alojamiento, lo cual hizo en su propia calle, apenas seis puertas más allá, en una casa tan idéntica a la suya como un guisante a otro guisante.

### CAPÍTULO III MI ALOJAMIENTO Y OTRAS COSAS

*Los pobres, los pobres, los pobres, están ahí,  
aprimados por la aplastante mano del Comercio  
contra una puerta que sólo se abre hacia dentro  
con tal fuerza que queda sellada para siempre,  
exhalando un monstruoso aire fétido  
hacia las leguas de libertad que hay afuera  
allí donde el arte, cual dulce alondra,  
convierte el firmamento en melodía celestial.*  
SYDNEY LANIER

Para estar en el East End, el cuarto que alquilé por seis chelines, es decir, un dólar y medio, por semana, era muy confortable. Desde el punto de vista americano, por el contrario, estaba mal amueblado y era pequeño e incómodo. Al agregar a su escaso mobiliario una mesita para la máquina de escribir, moverme resultó difícil; en el mejor de los casos tenía que deslizarme como un gusano, lo cual requería destreza y presencia de ánimo.

Una vez instalado, o mejor dicho, una vez depositadas mis pertenencias, me puse mis harapos y salí a dar una vuelta. Estando fresca en mi cabeza la idea de buscar alojamiento, empecé una concienzuda búsqueda utilizando la hipótesis de que yo era pobre, joven, con esposa y una familia numerosa.

Mi primer descubrimiento fue que las casas vacías debían ser escasas y estaban muy alejadas unas de otras, tan alejadas que pese a que anduve durante millas en círculos irregulares, siempre debía encontrarme entre dos de ellas. En realidad no topé con una sola casa vacía, prueba concluyente de que la zona estaba "saturada".

Al ser evidente que siendo pobre, joven y con familia no podía alquilar una casa en esta indeseable área, empecé a buscar cuartos, habitaciones sin amueblar, donde pudiera meter a mi mujer, mis hijos y mis trastos. No había muchos libres, pero encontré, generalmente en singular, pues parece que una sola habitación se considera suficiente para que la familia de un pobre cocine, coma y duerma. Cuando pedía dos habita-

ciones los propietarios me miraban, imagino, igual que cierto personaje miraba a Oliver Twist cuando pedía más comida.

No sólo se consideraba un solo cuarto suficiente para un pobre y su familia, sino que a muchas familias que ocupaban un solo cuarto les sobraba tanto espacio que incluso admitían uno o dos inquilinos más. Como los cuartos pueden ser alquilados por tres a seis chelines a la semana, la conclusión lógica sería que un inquilino con buenas referencias que aceptara compartir el cuarto pudiera obtener alojamiento por, digamos, de ocho peniques a un chelín. Incluso podría estar a pensión completa por unos pocos chelines más. Sin embargo no se me ocurrió averiguarlo, un fallo imperdonable por mi parte dado que estaba buscando en base a que tenía una hipotética familia.

No sólo las casas que investigué carecían de bañera, sino que no la tenía ninguna de las miles de casas que llegué a ver. Bajo estas circunstancias, con mi mujer y los niños y un par de inquilinos soportando el enorme espacio de un solo cuarto, tomar un baño en una tinaja sería algo imposible. Quizás la compensación estriba en el ahorro de jabón, de modo que todo va bien y Dios sigue en los cielos.

Además, es tan perfecta la forma en que están compensadas todas las cosas de este mundo, que aquí, en East Londres, llueve casi cada día, y, quiérase o no, habíamos de darnos un baño en la calle.

Ciertamente, la situación sanitaria de los lugares que visité era lamentable. Teniendo en cuenta el rudimentario sistema de alcantarillado, los desagües, los sumideros defectuosos, una pobre ventilación, humedad y fetidez por doquier, iba a exponer velozmente a mi esposa y mis hijos a la difteria, garrotillo, tífus, eripisela, envenenamiento de la sangre, bronquitis, pulmonía y tuberculosis, amén de otras enfermedades semejantes. Desde luego, la tasa de mortalidad era exageradamente elevada. Pero obsérvese de nuevo cómo se compensan las cosas. Lo más racional que puede hacer un hombre pobre con familia numerosa en el East London es sacársela de encima; las condiciones de la zona son tales que hacen el trabajo por él. Por supuesto, existe la posibilidad de que entre tanto esto sucede él muera. En este caso la compensación es menos evidente, pero debe estar ahí, por alguna parte, estoy seguro. Y cuando la descubra demostraré que se trata de una compensación bondadosa y sutil, salvo que todo mi esquema sea falso y esté equivocado.

Sin embargo, no alquilé ningún cuarto sino que regresé a mi calle, la de Johnny Upright. Después de esforzarme en meter a mi mujer y a mis hijos en todos aquellos cubículos, el ojo de mi mente se había estrechado tanto que me resultó imposible abarcar mi propio cuarto de un vistazo. Su inmensidad era abrumadora. ¿Era posible que fuese éste el cuarto que había alquilado por seis chelines semanales? ¡Imposible! Pero mi patrona, cuando llamó con los nudillos para averiguar si estaba cómodo, despejó mis dudas.

—Oh, sí señor —dijo contestando una pregunta—. Esta calle es la última. Hace ocho o nueve años todas las calles eran así, y la gente era respetable. Pero los otros han echado a los de nuestra clase. Sólo quedamos los de esta calle. ¡Es horrible, señor!

Y entonces me explicó el proceso de saturación, a través del cual el valor de los alquileres de un barrio se incrementaba a medida que descendía la categoría del mismo.

—Verá, señor, los de nuestra clase no estamos acostumbrados a amontonarnos como hacen los otros. Necesitamos más espacio. Los otros, los forasteros y los de condición más baja pueden meter cinco o seis familias en donde nosotros sólo metemos una. De modo que pueden pagar más renta que nosotros. Es horrible, señor, ¡y pensar que hace pocos años este barrio era de lo mejor que había!

Me quedé mirándola. He aquí una mujer de lo más selecto de la clase trabajadora inglesa, con numerosos signos de refinamiento, que está siendo poco a poco engullida por esa ruidosa y putrefacta marea humana que los poderes empujan desde el centro hacia el este de Londres. Deben construirse bancos, fábricas, hoteles y oficinas, y las pobres gentes de la ciudad son de estirpe nómada, de manera que emigran hacia el este, ola tras ola, y saturan y degradan barrio tras barrio, empujando a los trabajadores que estaban allá hasta los límites de la ciudad, como pioneros, o arrastrándolos al abismo, si aún no a la primera generación, con seguridad a la segunda o a la tercera.

Sólo es cuestión de meses que la calle de Johnny Upright siga la misma suerte. Y él lo sabe.

—En un par de años —dice— me vence el contrato. El propietario es de nuestra clase. No ha subido el alquiler de ninguna de las casas que tiene, y esto nos ha permitido quedarnos. Pero cualquier día puede venderlas, o morirse, que para nosotros es lo mismo. La casa se la quedará un criador de dinero, que pondrá una tienda en la parte posterior, donde tengo mi parra, ampliará la casa y alquilará un cuarto por familia. ¡Y entonces Johnny Upright se irá!

Me imaginé a Johnny Upright, a su buena mujer y a sus hijas, y también a su desgredada esclava, huyendo hacia el este en la oscuridad, como fantasmas, con la monstruosa ciudad rugiendo en sus talones.



Pero Johnny Upright no está solo en su huida. Lejos, muy lejos, en los límites de la ciudad viven comerciantes, pequeños empresarios y empleados de cierto nivel. Viven en casitas o en casas pareadas, con pequeños jardines, las habitaciones necesarias y espacio para respirar. Están hinchados de orgullo y ensanchan el pecho cuando contemplan el Abismo del que han escapado, dando gracias a Dios por no ser como los demás. ¡Y es sobre ellos que cae Johnny Upright con la monstruosa ciudad pegada a los talones! Los alquileres se disparan como por arte de magia, los jardines se edifican, las casas aisladas se dividen y subdividen, y la negra noche de Londres cae sobre ellas como una mortaja.

#### CAPÍTULO IV UN HOMBRE Y EL ABISMO

*Tras un momento de silencio hablaron  
de la vasija más deforme.  
Se mofan de mí porque está torcida.  
¿Quizá temblaba la mano del alfarero?*  
OMAR JAYYAM

—Oiga, ¿me puede alquilar una habitación?

Dejé caer estas palabras con desgana, por encima de mi hombro, a una fornida mujer mayor con la que compartía una mesa en una cafetería que estaba cerca de Pool y no lejos de Limehouse.

—Ajá— contestó secamente, quizás porque mi apariencia no se corresponde con la que exige su casa.

No dije nada más y consumí en silencio mi loncha de tocino y mi repugnante jarra de té. Tampoco demostró ella interés por mí hasta que llegó el momento de pagar mi cuenta (cuatro peniques), y saqué del bolsillo una moneda de diez chelines. Se produjo entonces el resultado esperado.

—Ajá, señor —dijo—, tengo un sitio fetén. ¿Vuelve de un viaje?

—¿Cuánto por una habitación? —inquirí, haciendo caso omiso a su curiosidad.

Me miró de arriba a abajo con franca sorpresa.

—No alquilo habitaciones, no se lo hago a mis clientes, así que menos aún a los que están de paso.

—Entonces tendré que seguir buscando —contesté con evidente disgusto.

Pero mis diez chelines había despertado su entusiasmo.

—Puedo alquilarle una buena cama con otros dos —insistió—. Buena gente, respetable, y muy tranquila.

—Pero yo no quiero dormir con otros dos hombres —objeté.

—No tiene que hacerlo. Hay tres camas en el cuarto, y no es pequeño.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Media corona por semana, dos con seis si se queda todo el mes. Le gustarán esos tíos, seguro. Uno baja en el almacén, lleva conmigo dos años. Y el otro lleva seis, hace seis y dos meses el sábado que viene. Es tramoyista —continuó—. Un tío serio y honrao, que nunca ha faltao a su trabajo de noche en todo el tiempo que está conmigo. Y le gusta la casa; dice que es la mejor que ha estao. Lo tengo a pensión, igual que a los otros.

—Supongo que estará ahorrando —insinué inocentemente.

—¡Por Dios santo, qué va! Y no hay nada mejor por ese precio.

Pensé en mi inmenso Oeste, con espacio bajo su cielo y aire suficiente para mil Londres; ¡y aquí estaba este hombrecillo, tranquilo y de confianza, que no había faltado a su trabajo ni una sola noche, metido en un cuarto con otros dos hombres, un cuarto por el que pagaba dos dólares y medio al mes, y que era lo mejor que podía encontrar! Y aquí estaba yo, con el poder de mis diez chelines, a punto de ocupar con mis andrajos una cama a su lado. El alma humana es solitaria, pero a veces ha de serlo mucho, como cuando hay tres camas en un cuarto y se admite a cualquiera que lleve diez chelines.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —le pregunté.

—Trece años, señor. ¿No cree que está bien el cuarto?

Mientras hablaba se movía pensativa por la pequeña cocina en la que guisaba para los huéspedes que estaban a pensión. Cuando entré por primera vez estaba trabajando, y no dejó de hacerlo en toda la conversación. Sin duda era una mujer atareada. "A las cinco y media arriba", "la última en meterse en la cama",

"trabajando como una bruta hasta romperme", trece años, y como recompensa cabellos grises, ropas mugrientas, hombros caídos, figura desaliñada, trabajo inacabable en una cafetería loca y ruidosa que daba a una callejuela con apenas diez pies de distancia entre las paredes, y un ambiente portuario feo y asqueroso, por no decir otra cosa.

—¿Volverá a echarle un vistazo? —me preguntó ansiosa mientras yo iba hacia la puerta.

Al girarme y contemplarla comprendí la profunda verdad que hay en la vieja y sabia máxima: "La virtud es un premio en sí misma".

Volví hasta ella.

—¿Ha hecho vacaciones alguna vez? —pregunté.

—¡Vacaciones!

—Un par de días en el campo, aire fresco, un día libre, ya sabe, un descanso.

—¡Dios bendito! —rió, dejando de trabajar por primera vez—. ¿Vacaciones, eh? ¿Para darme un gusto? ¡Pues estamos bien! ¡Cuidao con los pies! —esto último era una advertencia, porque tropecé con el carcomido umbral.

Cerca del muelle de las Indias Occidentales encontré a un joven mirando desconsolado las aguas fangosas. Una gorra de fogonero encasquetada hasta los ojos y sus ropas revelaban sin lugar a dudas que era hombre de mar.

—Hola, compañero —le saludé, tratando de iniciar una conversación—. ¿Puedes decirme cómo se va a Wapping?

—¿Has llegado en un barco ganadero? —contestó, descubriendo mi nacionalidad al instante.

A partir de ahí entramos en una conversación que se prolongó hasta una taberna y un par de pintas de cerveza. Ello aumentó nuestra intimidad, de manera que cuando saqué a la superficie un montón de peniques que en total hacían un chelín (y que era todo mi capital) y aparté seis para la cama y otros seis para cerveza, el marinero propuso generosamente que nos bebiésemos la totalidad del chelín.

—Mi compañero la lió buena anoche —explicó—. Y la poli lo metió en chirona, así que si quieres puedes compartir mi camastro. ¿Qué dices?

Dije que sí, y después de que nos hubimos empapado de cerveza hasta gastar el chelín y pasado la noche en la miserable cama de una miserable guarida, le conocí lo suficiente para saber qué clase de persona era. Y, tal como mi experiencia confirmaría después, resultó ser un personaje representativo del amplio sector de la clase trabajadora de Londres que constituía su nivel más bajo.

Nacido en Londres, su padre había sido fogonero y borracho antes que él. De niño, su hogar fueron las calles y los muelles. Nunca aprendió a leer, y nunca sintió que fuese necesario; era algo, creía, vano e inútil, al menos para un hombre en sus circunstancias.

Había tenido madre y numerosos y alborotadores hermanos y hermanas, todos amontonados en un par de habitaciones, viviendo con más miseria y menos comida que la que él se procuraba normalmente. En efecto, nunca iba a su casa salvo cuando no tenía suerte consiguiendo alimentos. Pequeños hurtos, mendicidad por calles y muelles, uno o dos viajes por mar sirviendo el rancho, algunos más paleando carbón para llegar a ser fogonero; con eso había alcanzado lo más alto en su vida.

Mientras transcurría todo esto se había ido forjando una filosofía de la vida fea y repulsiva, pero lógica y sensata desde su punto de vista. Cuando le pregunté para qué vivía, me contestó: "Para empinar el codo." Un viaje por mar (porque un hombre tiene que vivir y conseguir su sustento), luego la paga y al final la gran borrachera. Después, pequeñas borracheras gorreadas en las tabernas a compañeros que aún tuvieran algunas monedas, como yo mismo, y cuando el gorreo no daba más de sí, otro viaje por mar y se repetía el ciclo brutal.

—¿Y mujeres? —sugerí cuando terminó de proclamar la borrachera como la única finalidad de su vida.

—¡Las tías! —dejó ruidosamente la jarra en el mostrador y habló con elocuencia—. A mí me han enseñado a alejarme de las tías. No compensan, compa, no compensan. ¿Para qué quiere las tías uno como yo? Dímelo. Tuve mi mami, y ya es suficiente; siempre sacudiendo a los críos y haciendo desgracia a mi viejo cuando llegaba a casa, que eran muy pocas veces, te lo aseguro. ¿Y por qué? ¡Por culpa de la vieja! Nunca dejó que nadie fuese feliz. Luego están las otras tías. ¿Cómo tratan a un pobre currante con unos pocos chelines en los calzones? Una buena borrachera es lo que tiene en los bolsillos, una buena y larga borrachera, y las tías lo despluman tan deprisa que no le queda ni para un vaso. Lo sé bien. He pasado por eso y sé de qué va. Y te diré, donde hay tías hay problemas... gritos y jaleo, peleas, pinchazos, polis, jueces y un mes de trabajos forzados, y no te dan la paga cuando te sueltan.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

